

Maigret

SIMENON

Maigret tiene miedo



De regreso de Burdeos, el comisario Maigret decide visitar a un viejo amigo, el juez Julien Chabot, que vive en Fontenay-le-Comte, que ha sido escenario de dos crímenes en los últimos tres días. Esa misma noche, se comete un tercer asesinato. Maigret debe decidir si quedarse o no para ayudar a su amigo, el juez instructor del caso.

El trenecillo bajo la lluvia

De pronto, entre dos pequeñas estaciones cuyo nombre no logró descifrar, y en las que apenas pudo ver en la oscuridad los trazos de la lluvia ante una gruesa linterna y figuras humanas empujando carritos, Maigret se preguntó qué hacía allí.

Quizá se había dormido un momento en el compartimiento excesivamente caldeado. No debía de haber perdido totalmente la conciencia, pues sabía que iba en tren; oía su traqueteo monótono; hubiera jurado que había seguido viendo, de trecho en trecho, en medio de los oscuros campos, las ventanas iluminadas de alguna granja aislada. Todo aquello, junto al olor a hollín que se mezclaba con el de su ropa mojada, seguía siendo real, como lo era el murmullo regular de voces en un compartimiento contiguo; pero, en cierto modo, la realidad de todo eso se difuminaba, no conseguía ya situar nada en el espacio, y menos aún en el tiempo.

Hubiera podido hallarse en otro lugar, en cualquier trenecillo que cruzara el campo, y también hubiera podido ser un Maigret de quince años que regresara el sábado del colegio en un tren-tranvía exactamente igual que aquél, con vetustos vagones cuyos tabiques crujieran a cada esfuerzo de la locomotora. Cada vez que parase el tren, habría oído las mismas voces en la noche, los mismos hombres afanándose en torno al vagón correo, el mismo toque de silbato del jefe de estación.

Entreabrió los ojos, le dio una chupada a la pipa, que se le había apagado, y fijó la vista en el hombre que estaba

sentado en el otro rincón del compartimiento. Éste hubiera podido hallarse, antaño, en el tren que le llevaba a casa de su padre. Hubiera podido ser un conde, o el propietario de una mansión rural, el personaje importante del pueblo o de cualquier pequeña localidad.

Llevaba un traje de golf de lana clara y un impermeable de esos que sólo se ven en algunas tiendas muy caras. Se tocaba con un sombrero de caza verde, con una minúscula pluma de faisán sujeta bajo la cinta. A pesar del calor, no se había quitado los guantes de color leonado, pues ese tipo de gente nunca se quita los guantes en un tren o en un coche. Y, pese a la lluvia, no se veía una sola mancha de barro en sus zapatos bien lustrados.

Tenía, aproximadamente, sesenta y cinco años. Era ya un señor mayor. ¿No es curioso que a los hombres de esa edad les preocupe tanto su apariencia? ¿Aún les divierte distinguirse del común de los mortales?

Su tez era de un color sonrosado muy típico en los hombres de su clase, y lucía un bigotito de un color blanco plateado en el que se dibujaba el círculo amarillo que dejaba el puro.

Con todo, su mirada no traslucía todo el aplomo que cabía suponer en un hombre como ése. Desde su rincón, observaba a Maigret, quien, por su parte, le lanzaba ojeadas y, en dos o tres ocasiones, estuvo en un tris de hablar. Al poco arrancaba de nuevo el tren, sucio y empapado, en un mundo oscuro salpicado de luces muy dispersas. A veces, en un paso a nivel, se divisaba vagamente a un ciclista que aguardaba a que pasara el ferrocarril.

¿Estaba triste Maigret? Era una sensación más indefinida. No acababa de encontrarse bien consigo mismo. Además, aquellos tres últimos días había bebido demasiado, por obligación, pero sin sentir el menor placer.

Había asistido al congreso internacional de la policía, que se celebraba aquel año en Burdeos. Corría el mes de abril. Cuando salió de París, donde el invierno había sido

largo y monótono, parecía inminente ya la primavera. Sin embargo, en burdeos había llovido los tres días y soplaba un viento frío que pegaba la ropa al cuerpo.

Casualmente, los amigos con los que solía encontrarse en aquellos congresos, como Mister Pyke, no habían acudido. Cada país parecía habérselas ingeniado para mandar sólo a gente joven, hombres de entre treinta y cuarenta años a los que no había visto nunca. Todos ellos se habían mostrado muy amables con él, muy deferentes, como se trata a una persona mayor respetable pero un poco trasnochada.

¿Eran imaginaciones suyas? ¿O se debía a aquella lluvia interminable, que le ponía de mal humor? ¿O tal vez se debía a todo aquel vino que se habían visto obligados a beber en las bodegas que la Cámara de Comercio les había invitado a visitar?

«¿Te lo pasas bien?», le había preguntado su mujer por teléfono.

Maigret había contestado con un gruñido.

«Intenta descansar un poco. Al marcharte, te he visto cansado. De todos modos, te sentará bien cambiar de aires. No te resfríes».

Quizá se había sentido viejo de repente. Ni siquiera le habían interesado los debates, que en general versaron sobre los nuevos métodos científicos.

El banquete se había celebrado la víspera. Aquella mañana, había tenido lugar una última recepción, en esta ocasión en el Ayuntamiento, y luego un almuerzo profusamente regado con vino. Maigret le había prometido a Chabot que, como no tenía que estar en París hasta el lunes por la mañana, aprovecharía para ir a visitarle en Fontenay-le-Comte.

Tampoco podía decirse que Chabot fuera un jovencito. Habían sido amigos de juventud, cuando Maigret estudió dos años de medicina en la Universidad de Nantes. Chabot estudiaba derecho. Vivían en la misma pensión. Dos o tres

domingos, Maigret había acompañado a su amigo a ver a su madre a Fontenay. Desde entonces, se habían visto unas diez veces a lo largo de todos aquellos años.

«¿Cuándo vendrás a verme a La Vendée?»

Madame Maigret había abundado en el tema.

«¿Por qué no vas a ver a tu amigo Chabot al volver de Burdeos?»

Hacía dos horas que tenía que estar en Fontenay. Se había equivocado de tren. En Niort, donde había esperado mucho tiempo tomándose copitas en la cantina, había dudado en telefonar para que Chabot fuera a buscarle en coche.

Al final no lo hizo porque, si Julien iba a buscarle, insistiría en que Maigret durmiera en su casa, y al comisario le horrorizaba dormir en casas ajenas. Se alojaría en el hotel. Una vez allí, telefonaría. Había hecho mal dando aquel rodeo en vez de pasar aquellos dos días de vacaciones en su casa del Boulevard Richard-Lenoir. Tal vez en París ya no llovía y había llegado por fin la primavera.

—O sea que le han pedido a usted que viniera...

Maigret se estremeció. Sin darse cuenta, seguía mirando vagamente a su compañero de viaje, y éste se había decidido a dirigirle la palabra.

—¿Perdón?

—Digo que ya sabía yo que recurrirían a alguien como usted. —Y el hombre añadió, viendo que Maigret no parecía entender—: ¿No es usted el comisario Maigret? —El viajero, que volvía a ser hombre de mundo, se levantó para presentarse—: Vernoux de Courçon.

—Encantado.

—Enseguida le he reconocido. He visto muchas veces su foto en los periódicos. —Por el tono, daba la impresión de que se disculpase de ser de los que leen los periódicos—. Le pasará a menudo.

—¿El qué?

—Que le reconozca la gente.

Maigret no sabía qué contestar. Todavía se hallaba como ausente. El hombre, por su parte, tenía la frente perlada de gotitas de sudor, como si se hubiera metido en una situación de la que no supiera cómo salir airoso.

—¿Le ha llamado mi amigo Julien?

—¿Se refiere usted a Julien Chabot?

—El juez de instrucción, sí. Aunque, la verdad, me extraña que no me haya dicho nada esta mañana cuando nos hemos visto.

—Sigo sin entender.

Vernoux de Courçon lo miró más atentamente, frunciendo el ceño.

—No irá usted a decirme que va a Fontenay-le-Comte por casualidad.

—Sí.

—¿No va usted a casa de Julien Chabot?

—Sí, pero...

De pronto Maigret, furioso consigo mismo, se sonrojó: acababa de contestar dócilmente, como lo hacía antaño frente a personas como su interlocutor, sobre todo con «la gente» de la mansión de Saint-Fiacre.

—Es curioso, ¿no? —ironizó el otro.

—¿Qué es lo que es curioso?

—Que el comisario Maigret, que probablemente no ha puesto nunca los pies en Fontenay...

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Me lo imagino. En cualquier caso, no se le ha visto a menudo por aquí, y lo cierto es que nunca he oído que lo mencionara alguien. Lo curioso, decía, es que llegue usted en el preciso momento en que las autoridades están conmocionadas por el misterio más abracadabrante que...

Maigret prendió una cerilla y arrancó lentas bocanadas de la pipa.

—Cursé parte de mis estudios con Julien Chabot —dijo pausadamente—. Varias veces, hace ya tiempo, me he hospedado en su casa de la Rue Clemenceau.

—¿De verdad?

—De verdad —repitió fríamente Maigret.

—Entonces, es muy probable que nos veamos mañana por la noche en mi casa, en la Rue Rabelais. Julien Chabot viene cada sábado a jugar al bridge.

El tren se detuvo por última vez antes de Fontenay. Vernoux de Courçon no llevaba equipaje, sino únicamente una cartera de cuero marrón, colocada a su lado, en el asiento.

—Tengo curiosidad por saber si desvelará usted el secreto. Sea o no sea casualidad, será una suerte para Chabot que esté usted aquí.

—¿Vive aún su madre?

—Con su salud de hierro de siempre.

El hombre se levantó para abrocharse el impermeable, estirarse los guantes y ajustarse el sombrero. El tren aminoró la marcha, desfilaron cada vez más luces y empezó a correr gente por el andén.

—Encantado de haberle conocido. Dígale a Chabot que espero verles a los dos mañana por la noche.

Maigret se limitó a contestar con un gesto, abrió la portezuela, asió la maleta, que era pesada, y bajó del tren sin mirar a la gente con la que se cruzaba.

Chabot no podía haber ido a esperarle a aquel tren, pues lo había cogido por casualidad. Desde la puerta de la estación, Maigret divisó la Rue de la République, donde llovía a más y mejor.

—¿Un taxi, señor?

Maigret asintió.

—¿Al Hôtel de France?

Asintió de nuevo y se hizo un ovillo en un rincón, malhumorado. No eran más que las nueve de la noche, pero en Fontenay no reinaba la menor animación. Sólo dos o tres cafés tenían la luz encendida. Dos palmeras metidas en dos toneles pintados de verde flanqueaban la puerta del Hôtel de France.

—¿Tienen habitación?

—¿Quiere una con una sola cama?

—Sí. Y si es posible, me gustaría cenar algo.

El hotel estaba ya a media luz, como una iglesia después de las vísperas. Tuvieron que ir a preguntar a la cocina y encender dos o tres lámparas en el comedor.

Para no subir a la habitación, se lavó las manos en un lavabo de porcelana.

—¿Vino blanco?

En Burdeos había bebido tanto vino blanco que lo había aborrecido.

—¿No tienen cerveza?

—Sólo de botellín.

—Entonces tráigame vino tinto.

Le habían calentado sopa y estaban cortándole jamón.

Desde la mesa, vio entrar en el vestíbulo a un hombre, empapado, que, al no ver a nadie, echó una ojeada en el comedor y pareció tranquilizarse al ver al comisario. Era un tipo pelirrojo, de unos cuarenta años y orondas mejillas coloradas. Llevaba un impermeable beis y unas cámaras fotográficas en bandolera. Sacudió el agua del sombrero y se acercó a la mesa.

—Antes que nada, ¿me permite que le haga una foto? Soy el corresponsal del *Ouest-Éclair* en la zona; le he visto en la estación, pero no me ha dado tiempo de alcanzarle... O sea, que le han mandado para esclarecer el caso Courçon. —Un fogonazo. Un disparador—. El comisario Féron no nos ha hablado de usted. Ni tampoco el juez de instrucción.

—No he venido por el caso Courçon.

El pelirrojo, sonriendo, puso cara de que a él, como buen profesional, no se la daban.

—¡Ya!

—Ya, ¿qué?

—No está usted aquí «oficialmente». Entiendo. Pero el caso es que...

—¡El caso es que nada!

—La prueba es que Féron me ha contestado que venía corriendo.

—¿Quién es Féron?

—El comisario de policía de Fontenay. Cuando le he visto a usted en la estación, me he metido en la cabina telefónica y le he llamado. Me ha dicho que se reuniría conmigo aquí.

—¿¿Aquí??

—Claro. ¿Dónde, si no, iba a alojarse usted?

Maigret apuró la copa de vino, se restregó la boca y gruñó:

—¿Quién es ese Vernoux de Courçon con el que he viajado desde Niort?

—¡Ah, sí!, también ha venido en el tren. Es el cuñado.

—¿El cuñado de quién?

—Del Courçon al que han asesinado.

En ésas, entró en el hotel un hombre bajito y de pelo moreno que enseguida localizó a los dos hombres en el comedor.

—¡Hola, Féron! —saludó el periodista.

—¿Qué hay? Discúlpeme, señor comisario. Nadie me ha avisado de que venía usted; por eso no he ido a buscarle a la estación. Estaba tomando un bocado, después de un día agotador, cuando... —Señaló al pelirrojo, y añadió—: He venido corriendo y...

—Le decía a este joven —le interrumpió Maigret, apartando el plato y cogiendo la pipa— que yo no tengo nada que ver con el caso Courçon. He venido a Fontenay-le-Comte casualmente, para saludar a mi viejo amigo Chabot y...

—¿Sabe él que está usted aquí?

—Probablemente ha ido a esperarme al tren de las cuatro de la tarde. Al no verme, habrá pensado que yo no llegaría hasta mañana, o sencillamente que no vendría. —Maigret se levantó—. Y ahora, si me lo permiten, pasará a darle las buenas noches antes de irme a la cama.

El comisario de policía y el reportero parecían tan desconcertados el uno como el otro.

—¿De verdad no sabe usted nada?

—Absolutamente nada.

—¿No ha leído los periódicos?

—Desde hace tres días, los organizadores del congreso y la Cámara de Comercio no nos han dado oportunidad para hacerlo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada dubitativa.

—¿Sabe dónde vive el juez?

—Desde luego. Siempre que Fontenay no haya cambiado desde la última visita que le hice.

No se decidían a dejarlo ir. Seguían de pie, en la acera, flanqueándolo.

—Caballeros, ha sido un placer conocerles.

—¿No tiene usted nada que declarar para el *Ouest-Éclair*?

—Nada. Buenas noches, señores.

Salió a la Rue de la République, cruzó el puente y, desde allí hasta casa de Chabot, no se cruzó ni con dos personas. Chabot vivía en una casa antigua que, en otro tiempo, tenía maravillado al joven Maigret. La casa, de piedra gris, con una escalera exterior de cuatro peldaños y ventanas altas con cristales pequeños, seguía igual. Se filtraba un poco de luz entre las cortinas. Maigret llamó y al poco oyó unos pasos menudos en las baldosas azules del pasillo. Se abrió una mirilla en la puerta.

—¿Está Monsieur Chabot? —preguntó.

—¿Quién es?

—El comisario Maigret.

—¿Es usted, Monsieur Maigret?

Reconoció la voz de Rose, la criada de los Chabot, que llevaba ya treinta años con ellos.

—Ahora mismo le abro. Un segundo, que quito la cadena. —Mientras lo hacía, gritó hacia el interior—: ¡Señor! Es su amigo Monsieur Maigret. Pase, Monsieur Maigret. El se-

ñor ha ido a esperarle esta tarde a la estación. Se ha llevado una decepción al no verle. ¿Cómo ha venido usted?

—En tren.

—¿Quiere usted decir que ha cogido el tren-tranvía de la noche?

Se había abierto una puerta. En el haz de luz anaranjada se erguía un hombre alto y flaco, un poco encorvado, que llevaba una chaqueta de estar por casa de pana marrón.

—¿Eres tú?

—Pues claro. Se me ha escapado el tren bueno, y he tenido que coger el malo.

—¿Y tus maletas?

—Las he dejado en el hotel.

—¿Estás loco? Mandaré a alguien a buscarlas. Habíamos quedado en que te alojabas aquí.

—Escucha, Julien...

Era curioso. Tenía que hacer un esfuerzo para llamar a su viejo amigo por su nombre, y le sonaba rarísimo. Ni siquiera le salía el tuteo.

—Pasa. Supongo que no habrás cenado.

—Claro. En el Hôtel de France.

—¿Aviso a la señora? —preguntó Rose.

Intervino Maigret.

—Imagino que estará acostada...

—Ahora mismo acaba de subir. Pero no se mete en la cama hasta las once o las doce. Voy...

—Ni hablar. De ningún modo quiero que la molesten. Veré a tu madre mañana por la mañana.

—Se enfadará...

Maigret calculó que Madame Chabot tendría por lo menos setenta y ocho años. En el fondo, se arrepentía de haber ido. Aun así, colgó su abrigo empapado en el perchero antiguo y siguió a Julien a su despacho, en tanto que Rose, que había rebasado ya los sesenta, aguardaba órdenes.

—¿Qué te apetece tomar? ¿Un aguardiente añejo?

—Bueno.

Rose entendió las mudas indicaciones del juez y se alejó. El olor de la casa seguía siendo el mismo, y era otra de las cosas que envidiaba antaño Maigret: el olor de una casa bien llevada, con el parqué bien encerado y en la que se come bien. Hubiera jurado que no habían cambiado de sitio ningún mueble.

—Siéntate. Me alegro de verte.

Le entraron ganas de decir que tampoco Chabot había cambiado. Reconocía sus rasgos, su expresión. Como ambos habían envejecido, no acababa de notar la labor de los años. Pese a todo, descubrió en su amigo algo así como un aire apagado, indeciso, indolente, que nunca había observado en él. ¿Era ya así antes, y Maigret no lo había advertido?

—¿Un puro?

Había un montón de cajas sobre la chimenea.

—Sigo con la pipa.

—Es verdad. Lo había olvidado. Yo hace ya doce años que no fumo.

—¿Por prescripción médica?

—No. Un buen día, me dije que eso de soltar humo era una estupidez y...

Entró Rose con una bandeja en la que había una botella cubierta de fino polvo y una sola copa.

—¿Tampoco bebes?

—Lo dejé por la misma época. Un poquito de vino mezclado con agua en las comidas. Tú no has cambiado.

—¿Tú crees?

—Se te ve con una salud magnífica. Me alegro de verdad de que hayas venido.

¿Por qué no parecía del todo sincero?

—Me has prometido tantas veces pasar a verme, para luego disculparte en el último momento, que la verdad es que no contaba mucho contigo.

—¡Todo llega, ya ves!

—¿Qué tal tu mujer?

—Bien.

—¿No te ha acompañado?

—No le gustan los congresos.

—¿Qué tal ha ido?

—Hemos bebido, hablado y comido mucho.

—Yo viajo cada vez menos. —Bajó la voz, porque se oían pasos en la planta de arriba—. Con mi madre, es difícil. Por otra parte, no puedo dejarla sola.

—¿Sigue tan bien de salud como siempre?

—Está igual. Lo único la vista; ha perdido un poco. Le desespera no poder enhebrar las agujas, pero se obstina en no llevar gafas.

Se advertía que sus pensamientos iban por otros derroteros. Miraba a Maigret de un modo parecido a como lo había mirado Vernoux de Courçon en el tren.

—¿Estás al corriente?

—¿De qué?

—De lo que está ocurriendo aquí.

—Hace casi una semana que no leo los periódicos. Pero he viajado hasta aquí con un tal Vernoux de Courçon, que dice ser tu amigo.

—¿Hubert?

—No lo sé. Tendrá unos sesenta y cinco años.

—Es Hubert.

No llegaba ningún ruido del exterior. Sólo se oía la lluvia, que batía en los cristales, y, de cuando en cuando, el crujir de los leños en la chimenea. Ya el padre de Julien Chabot había sido juez de instrucción en Fontenay-le-Comte, y el despacho siguió igual cuando su hijo pasó a sentarse en él.

—Entonces, ya te habrás enterado...

—De casi nada. Un periodista se me ha abalanzado con su cámara fotográfica en el comedor del hotel.

—¿Uno pelirrojo?

—Sí.

—Lomel. ¿Qué te ha contado?

—Estaba convencido de que yo había venido aquí para encargarme de no sé qué caso. Todavía no había conseguido disuadirlo cuando se presentó el comisario de policía.

—Total, que ahora toda la ciudad sabe que estás aquí.

—¿Te molesta?

Chabot a duras penas pudo ocultar que dudaba.

—No..., sólo que...

—Sólo que ¿qué?

—Nada. Es muy complicado. Tú nunca has vivido en una pequeña ciudad de provincias como Fontenay.

—Hombre, viví más de un año en Luçon.

—No pasó nada parecido a lo que me ha caído encima.

—Pues recuerdo cierto asesinato, en L'Aiguillon...

—Es cierto. Lo había olvidado.

Precisamente, en el transcurso de aquella investigación Maigret se había visto obligado a detener, por acusársele de asesinato, a un ex magistrado a quien todo el mundo consideraba un hombre respetabilísimo.

—Tan grave no es. Pero ya verás mañana. Mucho me sorprendería que no nos llegaran los periodistas de París en el primer tren.

—¿Un asesinato?

—Dos.

—¿El cuñado de Vernoux de Courçon?

—¿Ves como estabas al corriente?

—Es lo único que me han contado.

—Pues sí, su cuñado, Robert de Courçon. Hace cuatro días que lo asesinaron. Sólo eso ya hubiera levantado una polvareda. Pero anteayer le tocó a la viuda Gibon.

—¿Quién es?

—Nadie importante. Al contrario. Una anciana que vivía sola al final de la Rue des Loges.

—¿Qué relación hay entre los dos crímenes?

—Los dos se cometieron del mismo modo, probablemente con la misma arma.

—¿Un revólver?